

## I

*MANIFIESTO CONTRACULTURAL DE UNAS CONSERVADORAS*

La Campaña contra el hambre en el mundo fue promovida en España por las Mujeres de la Acción Católica en el año 1959, bajo la presidencia de Pilar Bellosillo. Cuenta Mary Salas en un libro escrito con el corazón, sobre esta extraordinaria mujer<sup>1</sup>, que esta Campaña fue una iniciativa de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC), a partir de un *Manifiesto* hecho público el 2 de julio de 1955, con el que la Unión lanzaba a los cuatro vientos una propuesta que tanto podía ser tachada de arrogante como de atrevimiento inconsciente: declarar la guerra al hambre, sin ocultar la convicción de que se podía vencer.

Por entonces, la UMOFC<sup>2</sup> englobaba a más de cien organizaciones de los cinco continentes, tenía una gran vitalidad y, como Organización Internacional No Gubernamental (ONG), gozaba de estatuto consultivo en el Consejo Económico y Social (ECOSOC) de las Naciones Unidas. Las Mujeres de la Acción Católica Española, por su parte, que como asociación católica femenina era miembro de la Unión, contaban con 160.000 asociadas<sup>3</sup>. Estos datos invitan a pensar que el *Manifiesto* es fruto madurado en la conciencia cristiana de unas mujeres conscientes de la responsabilidad que les incumbe, tanto por su sensibilidad ante el problema del hambre como por el peso de su presencia asociada.

Este *Manifiesto* ha de entenderse como una declaración pública de principios e intenciones, en el mejor estilo de los manifiestos que venían apareciendo desde mediados del siglo XIX como proclama de los más diversos movimientos tanto de carácter político, como artístico o filosófico<sup>4</sup>. Nuestro *Manifiesto* no tiene pretensiones revolucionarias, si entendemos el término en la acepción de propiciar un cambio violento de las instituciones, pero es revolucionario en cuanto que busca «remover» las conciencias y «mudar» el estado de las cosas, por lo que se refiere al hambre que padece la mitad de la humanidad. Es, además, una proclama originada por imperativo ético, nacida de la toma de conciencia, al modo de los mejores líderes cristianos de la primera mitad del siglo XX. Algunos —había criticado duramente Charles Pèguy, refiriéndose a

<sup>1</sup> Mary Salas Larrazábal y Teresa Rodríguez de Lecea, *Pilar Bellosillo: Nueva imagen de mujer en la Iglesia*, Ediciones de la Acción Católica Española, Madrid 2004.

<sup>2</sup> La UMOFC, que ha conocido diferentes denominaciones, fue creada en 1910 como «federación al servicio de la Iglesia universal y de la comunidad humana, en la que tienen cabida las agrupaciones de mujeres católicas de todos los países, encuadradas o no en la Acción Católica oficial, cualesquiera que sean sus métodos de formación y apostolado con tal de que éstos estén aprobados por la Jerarquía». Cfr. Documento oficial citado por Alberto Bonet en la revista *Ecclesia* de 6/06/1954, pág. 11.

<sup>3</sup> Feliciano Montero, *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica Especializada*, Ed. UNED, Madrid, 2000, pág. 249 ss.

<sup>4</sup> Por citar sólo tres botones de muestra, séanos permitido recordar, como punto de arranque de otros tantos movimientos con vocación rupturista o revolucionaria cada uno en su ámbito, el *Manifiesto comunista*, de Marx y Engels, en 1848; el *Manifiesto futurista*, de Filippo Tommaso Marinetti, en 1909; o el *Manifiesto al servicio del personalismo*, de Emmanuel Mounier, en 1936.

cierto cristianismo descomprometido y burgués de su tiempo— «creen amar a Dios porque no aman a nadie». Fiel a las convicciones que provocaron esta crítica, había afirmado que «la revolución será moral o no será», apuntando hacia la necesaria matriz ética de los futuros movimientos sociales. Su discípulo Emmanuel Mounier describiría de esta manera la toma de conciencia que estaba en la base de su revolución personalista y comunitaria: «Nuestra postura revolucionaria no nos venía de nuestra vida. No éramos una banda de muertos de hambre que padeciera desde generaciones la opresión sobre nuestras espaldas. No podíamos ser revolucionarios a la manera del proletario. Lo éramos por una especie de rebelión de la inteligencia, de la sensibilidad, de la espiritualidad»<sup>5</sup>. En este caldo de cultivo, aderezado con la repulsa de aquella locura que fue la II Guerra Mundial y los movimientos totalitarios que la provocaron, se comprende mejor el talante de respuesta ética de muchos movimientos que eclosionaron en la denominada «década prodigiosa» de los años sesenta. Abrigo la convicción de que las autoras de nuestro *Manifiesto* también habían respirado los aires de este clima espiritual.

Inmediatamente fue traducido al francés, al inglés, al alemán y al español, y enviado a 37 agencias de prensa y radio de 21 países. Su resonancia fue enorme y las mujeres católicas de diferentes países pusieron manos a la obra con dos acciones que sorprenden por su sencillez y eficacia. Pedían un día de ayuno voluntario como signo de solidaridad con los que ayunan a la fuerza por falta de alimentos y organizaban una colecta con cuyo importe financiarían proyectos de desarrollo en los países del Tercer Mundo. De esta manera impulsaban la toma de conciencia y la promoción efectiva, enseñando a pescar y proporcionando los aparejos en lugar de limitarse a distribuir peces. Todas hablaban de tres hambres que aquejan a la humanidad: *hambre de pan*, *hambre de cultura* y *hambre de Dios* y se aprestaban animosamente a hacerles frente.

En 1957 se celebró en Roma el Congreso de la UMOFC, y con ese motivo, se realizó una reunión en la sede de la FAO con la participación de su presidente, mister Sen<sup>6</sup>. La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), fundada en 1945 para impulsar actividades internacionales para erradicar el hambre, todavía tardaría tres años en poner en marcha su primera Campaña mundial para movilizar el apoyo no gubernamental contra el hambre<sup>7</sup>. Por este motivo y por el tono de las denuncias y el carácter de las propuestas, puede decirse que el *Manifiesto* se adelantaba a su tiempo o, si se prefiere, que anticipaba ya el futuro, como puede comprobarse a través del texto que se transcribe a continuación.

---

<sup>5</sup> Citado por Carlos Díaz en el prólogo a E. Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, Editorial Zero, Madrid, 1975, pág. 6.

<sup>6</sup> Mary Salas – Teresa Rodríguez, *Pilar Bellosillo...*, pág. 54.

<sup>7</sup> El *Manifiesto* de la UMOFC es de 1955 y la «guerra» declarada contra el hambre se inició inmediatamente en varios países; en España comenzó a darse respuesta a la llamada del *Manifiesto* en 1959, y la FAO lanzó para todo el mundo en 1960 la Campaña contra el hambre. A ella se incorporaron progresivamente las Organizaciones no gubernamentales —OXFAM en Inglaterra, *Misereor* en Alemania, *Mani Tese* en Italia, el Comité Católico, que luego se llamaría *Manos Unidas*, en España, etc.— empeñadas en esta lucha. En los países miembros de las Naciones Unidas se crearon Comités Nacionales de la Campaña contra el hambre. El de España se creó el 5 de enero 1969 por un decreto de la Presidencia del Gobierno, cuando la Campaña española tenía ya diez años de existencia.

«Nosotras, mujeres del mundo entero, llamadas por la naturaleza a dar la vida, protegerla y alimentarla, no podemos aceptar por más tiempo que las fronteras del hambre se inscriban en nuestro globo con trazos de muerte.

»Mujeres católicas, llamadas por Jesucristo para dar testimonio de un amor universal y efectivo por la familia humana, no podemos resignarnos al hecho de que la mitad de la humanidad sufra hambre.

»No queremos que se den soluciones perezosas y criminales a este trágico problema: **la guerra, la limitación de la natalidad**, son soluciones falsas, soluciones ineficaces, soluciones de muerte.

»Sabemos y queremos que se sepa, que existen soluciones de vida, y que si la conciencia mundial reacciona, dentro de algunas generaciones las fronteras del hambre habrán desaparecido.

»Es una certeza apoyada en estudios científicos y consolidada por el hecho de que las Instituciones internacionales, oficiales y privadas, tales como la Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, la Organización para la Alimentación y la Agricultura, así como diversos organismos para migraciones, están en pie de obra.

»Ciertamente que la tarea es gigantesca, pero las posibilidades técnicas de nuestra época están a su altura.

»Ciertamente que ella requiere los poderosos medios de acción que poseen los Gobiernos y la coordinación de estos medios de acción a plano internacional.

»Pero, la acción, para ser eficaz, debe ser amplia y rápida, y no puede serlo sin el extremo apoyo de la opinión mundial: **ésta la tenemos en nuestras manos en gran parte.**

»Mujeres de sesenta países, agrupadas en número de treinta y seis millones en la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas, nosotras disponemos, con los millones de ejemplares de nuestros Boletines Nacionales, de un instrumento único de penetración en los innumerables hogares del mundo entero. Levaremos también el problema a la gran prensa, capaz de presentar a sus lectores las tareas esenciales de nuestro tiempo. Nos dirigimos, con el mismo objeto, a los responsables del cine, de la radio, de la televisión.

»A todos estos grandes medios de información pediremos que abran en el espíritu de los hombres el camino hacia una economía de las necesidades, en lugar de la reinante economía de la pura ganancia.

»Apoyaremos los esfuerzos de las instituciones privadas y oficiales que insistan en resolver el problema de manera positiva y conforme a los postulados de la conciencia humana y cristiana.

»Daremos a conocer los progresos de la ciencia, que, utilizada con fines pacíficos según los fines del Creador, pueden elevar rápidamente el nivel de vida humana. Intensificaremos nuestra ayuda a los servicios de migración.

»A través de nuestros Organismos y Asociaciones, en mayor escala aún, daremos impulso a la enseñanza casera y a la economía doméstica, sabiendo que una de las llaves del problema se halla en la utilización más racional de todos los recursos alimenticios de que dispone la mujer en todos los hogares del mundo.

»Recordemos a los pueblos más favorecidos el deber que tienen de vivir más sobriamente.

»En fin, con otros sostendremos las “Empresas piloto” cuya realización está ya en estudio.

»Nuestro Congreso Mundial de Roma, en abril de 1956, será el punto de partida de una acción en gran escala. Desde ahora realizaremos los estudios preparatorios.

»Un solo obstáculo en la lucha contra el hambre sería insuperable: creer la victoria imposible.

»Ahora bien, todas unidas y en conexión con todos aquellos que se consagran a la misma tarea, podemos mucho más de lo que creemos. No se necesita más para acometer la empresa.

»Declaramos la guerra al hambre.»

La lectura de este *Manifiesto* no puede menos de suscitar una emocionada admiración. El tono rezuma confianza en la justicia de la causa que se defiende y, sin ninguna arrogancia, fe en las propias posibilidades; la motivación está sólidamente anclada en la identidad de las protagonistas: mujeres y católicas; la denuncia es valiente y certera; las propuestas posibles y razonables, y la voluntad, decidida, como se declara en los últimos párrafos: «Un solo obstáculo en la lucha contra el hambre sería insuperable: creer la victoria imposible». Declaración que podría sonar a voluntarismo vacío si no estuviera acompañada por esta otra: «Ahora bien, todas unidas y en conexión con todos aquellos que se consagran a la misma tarea, podemos mucho más de lo que creemos». Y con tal equipamiento no se arredran ante las dificultades y rotundamente concluyen: «Declaramos la guerra al hambre».

Este texto recoge con tal riqueza el espíritu que animaba a aquella generación, que resulta imprescindible para captar la mística que luego impregnará la vida de *Manos Unidas*. Detengámonos, pues, en cuatro aspectos que bien pueden considerarse capitales.

### *El carisma de la feminidad*

Las autoras del *Manifiesto* comienzan identificándose como mujeres: «Nosotras, mujeres del mundo entero...» Se identifican sin complejos y sin arrogancia, porque están convencidas de que presentan su mejor seña de identidad: «... llamadas por la naturaleza a dar la vida, protegerla y alimentarla». Probablemente aún no habían tenido tiempo para leer el libro de Buytendijk, *La Femme*<sup>8</sup>, que se había publicado en París en 1954; sin embargo, al escuchar la declaración de su identidad, se tiene la impresión de que confirman sin conocerlas las tesis del autor. Éste pretende dar una respuesta al conocido estudio de Simone de Beauvoir *Deuxième Sexe*, encontrando una justificación de los valores tradicionales de la feminidad, pero rechazando tanto como ella una definición biológica o psicológica de los sexos.

Sin entrar en un análisis de las tesis de Buytendijk, objetivo que excede las posibilidades de este libro, resultará sin embargo útil para valorar adecuadamente nuestro *Manifiesto* dejar constancia de cómo entiende el autor la forma de ser masculina

---

<sup>8</sup> P. J. J. Buytendijk, *La Femme*, Desclée de Brouwer, París, 1954.

y femenina. Si el hombre y la mujer pueden entregarse a los mismos trabajos específicamente humanos, lo harán de modo distinto, porque cada uno de ellos tiene una manera propia de existir. Estas dos formas de existencia son la ley del trabajo y la ley del interés. La ley *femenina* de existencia es el interés (frente a la *masculina*, que describe como ley del *trabajo*). No se trata de un interés preocupado, de una inquietud, sino de una entrega, de la capacidad de procurar reposo y relajamiento, de lo que podríamos llamar el acto de cuidarse de... (o interesarse por...). La experiencia fundamental que este modo de existir proporciona es la del valor de los seres: descubrir, conservar, suscitar estos valores.

Cuando el *Manifiesto* proclama que, como mujeres, «no podemos aceptar por más tiempo que las fronteras del hambre se inscriban en nuestro globo con trazos de muerte», ¿no está percibiéndose, tanto en la intención de la frase como en su forma de expresión, ese interés preocupado por la precaria existencia de unos seres en cuya conservación se sienten implicadas?

El citado autor afirma que hoy precisamente el estilo femenino de la existencia se revela particularmente precioso, por cuanto supone de gratuidad y de desinterés, porque es alterocentrista, en fin, porque con él surge toda una ética más necesaria que nunca. Tal interés alterocentrista alcanza su máxima expresión en la vocación maternal. Según esta ley del interés, el mundo es vivido en una ética del amor y de la entrega hecha, sobre todo, de confianza, de atención, de respeto y de sumisión, de fecundidad<sup>9</sup>.

Este modo de existir femenino, lo que podríamos llamar el carisma de la feminidad, no sólo se muestra en el texto del *Manifiesto*, sino que ha fecundado y sigue fecundando una empresa como la de *Manos Unidas*, tan gigantesca, cuando se la ve en perspectiva, y sin embargo promovida, realizada y vivida como si fuera parte de la responsabilidad que impulsa a la mujer a cuidarse de todo o de todos los que dan muestras de desvalimiento. Estoy convencido de que la Campaña contra el hambre hubiera sido otra cosa, si desde el principio hubiera estado comandada por varones. No digo que hubiera sido peor o mejor, sino que hubiera sido otra cosa.

### ***El impulso de lo católico***

En las señas de identidad de las firmantes figura, junto a su condición de mujeres, su confesión religiosa: «Mujeres católicas, llamadas por Jesucristo para dar testimonio de un amor universal y efectivo por la familia humana...» Con facilidad se define lo católico por su vocación universal. Pero con ello sólo se pone de relieve un aspecto de la catolicidad. Ésta, tal como es percibida por la Iglesia, comporta otro matiz: la unión de todos incorporando las riquezas y posibilidades de cada uno. Dice el Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Iglesia al hablar de la universalidad y catolicidad del único Pueblo de Dios:

«En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se aumentan con todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad. (...) De aquí dimanar entre las diversas partes de la Iglesia los vínculos de íntima comunicación de bienes, y a cada una de las Iglesias pueden aplicarse estas palabras del apóstol: *El don que cada uno haya*

<sup>9</sup> Para un desarrollo más pormenorizado de las tesis de Buytendijk, vid. A. Jeannieère, *Antropología sexual*, Estela, Barcelona, 1966, pág. 103-108.

*recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (1 Pe 4, 10)*<sup>10</sup>.

El teólogo Congar explica que el sentido de lo católico consiste en hacer posible en cada uno la interioridad mutua del todo o, dicho de otro modo, en *ser en plenitud*, haciendo verdad el sentido etimológico del término *católico*: *kath'holou*, unidad de numerosas personas *según la totalidad*. «El Espíritu logra que todos sean uno y que la unidad sea multitud. (...) La catolicidad exige un concurso de estos dones, intercambios y aportaciones mutuas entre las partes, responsables todas ellas de todo y de su unidad. A nivel de ayuda mutua, la colecta de san Pablo es una ilustración ejemplar y típica, *koinonia tes diakonias*, participación o servicio en beneficio de los santos (2 Cor 8, 4)»<sup>11</sup>.

Es posible que estas matizaciones sobre el sentido de lo católico no estuvieran en el primer plano de la atención de las redactoras del *Manifiesto*, pero en ellas latía ese sentido profundo de la catolicidad, pues emerge en su texto. Por de pronto, es patente la apertura universal, hacia toda la familia humana; apertura que les obliga, como católicas, a rebelarse por «el hecho de que la mitad de la humanidad sufra hambre». Cuando el apóstol Pablo recuerda a los de Corinto la conducta de las Iglesias de Macedonia, que, a pesar de sus tribulaciones y extrema pobreza, «han desbordado en tesoros de generosidad», pues le pedían poder «participar en el servicio en bien de los santos», lo hace para animarles a ser también ellos generosos en la colecta en favor de las Iglesias necesitadas. Pues en última instancia, la comunión en la fe lleva a la comunicación de todos los bienes, también de los materiales. ¿Qué otra cosa latía en aquella declaración de catolicidad de las autoras del *Manifiesto*?

Además, sienten que su unidad es multitud, por utilizar la expresión de Congar, cuando afirman: «Mujeres de sesenta países, agrupadas en número de treinta y seis millones (...), nosotras disponemos, con los millones de ejemplares de nuestros Boletines Nacionales, de un instrumento único de penetración en los innumerables hogares del mundo entero...». Unidad que no les impide conectarse «con todos aquellos que se consagran a la misma tarea...», logrando así un frente sólido de lucha contra la mala distribución de recursos, responsable, en última instancia, del hambre en el mundo.

Finalmente, es su sensibilidad a favor de la vida, alimentada por su identidad católica, la que les ayuda a desenmascarar las «soluciones perezosas y criminales a este trágico problema». Señalan dos: la guerra y la limitación de la natalidad, como «soluciones falsas, soluciones ineficaces, soluciones de muerte»; y apuestan por las «soluciones de vida», que pasan por una toma de conciencia a escala mundial.

Hay que reconocer que el impulso de lo católico late en la entraña del *Manifiesto* y lo sigue haciendo fecundo.

### ***Saben lo que quieren***

Mary Salas, como primera Presidenta en España de la Campaña contra el hambre, recordaba en un acto organizado por Manos Unidas, al cumplirse el 40º aniversario, cuál fue el plan de la primera Campaña puesta en marcha en aquel lejano

<sup>10</sup> Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 13.

<sup>11</sup> Y. M.-J. Congar, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona, 1983, pág. 222. 228-243.

1959. Se ajustó a tres bases fundamentales, que se anunciaron en la revista *Ecclesia*<sup>12</sup>: información, ayuda y formación.

La *información* trataba de intensificar la actuación que las Mujeres de Acción Católica mantenían desde la publicación del *Manifiesto* y que consistía en dar a conocer el alcance del problema, sus causas y sus soluciones, a fin de procurar la formación de una opinión pública «capaz de acabar con este estado de “legalidad” de la triple hambre». Para facilitar esta información se editaron 2.500 mapas de la zona del hambre con datos sobre el problema; 2.000 impresos de una *Hora Santa de las tres hambres en el mundo*; y 2.000 ejemplares más de la misma, en papel biblia, para ser enviados a varios países iberoamericanos que los habían solicitado. Se elaboraron, además, seis cuestionarios que fueron enviados a las distintas Diócesis para que fueran trabajados por las asociadas con el fin de que se mentalizasen del problema.

Después de esta primera etapa de información, las Mujeres de A. C. propusieron el primer viernes de la Cuaresma siguiente como *día del ayuno voluntario*, pidiendo a los españoles «una privación cualquiera a favor de sus hermanos menos favorecidos». Así comenzaba la *ayuda*, necesaria para que el amor universal que proclamaban fuese efectivo. Desde el comienzo tuvieron una visión de largo alcance, pues habían decidido que para que esta iniciativa de la Campaña «no se reduzca a una manifestación benéfica de las ya existentes, la aplicación del fondo se distinguirá de las demás en que no se limitará a cubrir momentáneamente una necesidad, sino que iniciará una obra productiva y continuada, encaminada a remediar en cada ocasión las “tres hambres”».

Pero todo esto no era suficiente. Era necesario, además, cumplir otra parte del programa que se refería a la *formación*. Había que actuar en el Tercer Mundo de forma que aprendan a «prescindir de nosotros», siguiendo una frase de San Agustín, que entonces utilizaron mucho las Mujeres de A. C.: «se da pan al que tiene hambre; pero mejor sería que nadie tuviera hambre». Formación en los países del hambre, pero también aquí, porque, como decían los documentos de la organización, «después de efectuada la colecta queda una inmensa labor de justicia por desarrollar, que no depende sólo de nosotras».

La nitidez de ideas que preside la definición de los primeros objetivos es consecuencia de la claridad con que el *Manifiesto* marca las actuaciones que deben llevarse a cabo. Ya se ha hecho notar que rechazaba las «soluciones perezosas y criminales» y declaraba que «existen soluciones de vida», que deben ser conocidas. La convicción de que las fronteras del hambre podrían desaparecer «dentro de algunas generaciones» es para sus redactoras «una certeza apoyada en estudios científicos y consolidada por el hecho de que las Instituciones internacionales (...) están en pie de obra». ¿Qué hace falta para poner en práctica las verdaderas soluciones? En primer lugar, una más amplia información sobre las dimensiones y dramatismo del problema. E, inmediatamente, poner manos a la obra, cada uno en su ámbito: los Gobiernos, con «los poderosos medios de acción que poseen y la coordinación de estos medios a plano internacional»; las asociaciones de la UMOFC, con una penetración capilar a través de sus millones de afiliadas y haciendo saltar el problema a los medios de comunicación, además de promover acciones concretas para «la utilización más racional de todos los recursos alimenticios de que dispone la mujer en todos los hogares del mundo»; los responsables económicos, promoviendo «una economía de las necesidades, en lugar de

---

<sup>12</sup> *Campaña contra el hambre en el mundo. Labor de la Iglesia en los planos mundial y nacional. Ecclesia*, nº 948, 12/09/1959, pág. 13-14.

la reinante economía de la pura ganancia»; los pueblos más favorecidos, recordando «el deber que tienen de vivir más sobriamente».

De este modo, con decisión y naturalidad, el *Manifiesto* presenta un cuadro de propuestas que serán el punto de partida y la referencia obligada de las acciones que están a punto de iniciarse con esta declaración de guerra al hambre.

### *Fe en la justa causa que defienden*

En el *Manifiesto* hay tres párrafos que sorprenden por su rotundidad. El más llamativo es el último: esa ruptura de hostilidades en toda regla, declarando la guerra al hambre. Pero esta decisión ni trasluce un voluntarismo vacío ni se siente satisfecha por el acierto de haber dado con una frase feliz. El texto se apoya en convicciones con capacidad para movilizar las conciencias honestas, como son que la tierra ha sido dada a todos los hombres y que el problema no es la escasez de alimentos, sino su mala distribución, causa de esa palmaria injusticia reflejada en la actual geografía del hambre. Y pone el dedo en la llaga al decir que «se puede acabar con el hambre, si hay voluntad de hacerlo» y que «la más importante dificultad para acabar con el hambre en el mundo es creer que no se puede lograr».

La primera presidenta de la Campaña en España, Mary Salas, da fe de que se trata de un problema de injusticia ante el que no es lícito mirar hacia otro lado. Apenas había echado a andar la Campaña, escribe uno de aquellos *Folletos PPC*, divulgativos de la problemática eclesial más palpitante, con el título *El hambre en el mundo*. Después de exponer, con amena agilidad, la problemática del hambre en nuestro mundo, se pregunta: ¿por qué nunca se habla de estas cosas, mientras los periódicos se encuentran sin páginas suficientes para comentar «si la princesa Margarita cambia de peinado, si Soraya ríe o está triste, si Yul Brynner se deja crecer el pelo o se lo corta...»? E inmediatamente reivindica con todas sus fuerzas la llamada de la Iglesia, que hace bien poco ha hablado fuertemente contra el hambre por boca del recién elegido papa Juan XXIII, del que cita estas palabras: «Es preciso que las riquezas que se obtienen de la tierra se pongan, según exigen los mandamientos de Dios y la justicia, a disposición de todos. Es preciso que se mejore la distribución de los bienes terrenos, que se rompan las barreras del egoísmo, del interés; que se estudie el modo más adecuado de ayudar a las regiones menos desarrolladas, que se tomen medidas para obtener de la tierra los incalculables recursos todavía escondidos que ésta puede ofrecer en beneficio de todos»<sup>13</sup>. Así apoya su tesis de que estamos ante una motivación que apela no sólo a la caridad, sino también, y en primer lugar, a la justicia.

Tanto la Unión internacional como la Campaña nacional creían que era posible conseguir la victoria sobre el hambre. En el *Manifiesto* se recuerda que disponemos de mecanismos adecuados para hacer frente a un problema de tan grandes dimensiones: «Ciertamente que la tarea es gigantesca, pero las posibilidades técnicas de nuestra época están a su altura. Ciertamente que ella requiere los poderosos medios de acción que poseen los Gobiernos...». Por eso surge el compromiso de apoyar la justicia y la razón que asiste a esta causa: «Daremos a conocer los progresos de la ciencia, que, utilizada con fines pacíficos según los fines del Creador, pueden elevar rápidamente el nivel de vida humana (...) A través de nuestros Organismo y Asociaciones, en mayor escala aún, daremos impulso a la enseñanza casera y a la economía doméstica, sabiendo que una de las llaves del problema se halla en la utilización más racional de todos los recursos

<sup>13</sup> Mary Salas, *El hambre en el mundo*, PPC, Madrid, 1961, pág. 14-15.



alimenticios de que dispone la mujer en todos los hogares del mundo (...) En fin, con otros sostendremos las “Empresas piloto” cuya realización está ya en estudio». Sin dejar de despertar la conciencia de los países desarrollados para que afronten una obligación cuyo cumplimiento no es facultativo: «recordemos a los pueblos más favorecidos el deber que tienen de vivir más sobriamente».

Hasta qué punto esta conciencia de alcanzar una distribución justa de los bienes había calado en las primeras promotoras de la Campaña puede rastrearse por dos datos proporcionados por la primera Presidenta de la campaña española<sup>14</sup>. Advierte que la Campaña cayó bien en los círculos oficiales del poder político, que entonces se empleaba en airear las bondades del desarrollo económico para reforzar los aciertos del régimen, pues si España se incorporaba a la Campaña contra el hambre existente en los países del Tercer Mundo, estaba marcando distancia con ellos. Pero —añade— «la argumentación interpelaba también muy directamente a las circunstancias que estaban viviendo millones de españoles que debían emigrar a Europa para conseguir escapar de condiciones de miseria». Se refiere también a la propuesta del *Manifiesto* de impulsar la economía doméstica, que empezaba a ser objeto de la campaña española: «formaremos generaciones de mujeres que sean buenas productoras y buenas consumidoras»<sup>15</sup>. Y, cuando se pone en duda esta posibilidad para las mujeres españolas, la Delegada de la UMOFC en España, Carmen Wirth, es contundente: «En España también. Nuestras pequeñas industrias agrícolas están en manos de mujeres generalmente: el ganado doméstico, la avicultura... Es necesario producir racionalmente». Mary Salas interpreta esta respuesta como una clara alusión a los Centros de Formación Familiar y Social, directamente orientados a potenciar la situación de la mujer, que las Mujeres de Acción Católica habían iniciado en 1956, y recoge una última declaración de intenciones de aquella Delegada a favor de la lucha contra la injusticia allí donde esté: «No podemos olvidar a Egipto o a la India..., pero tampoco podemos pasar indiferentes al lado de miserias muy cercanas para no ver más que las que están lejos. Debemos preocuparnos por todos los hombres».

La sensibilidad de estas mujeres para luchar por la justicia es la que hace creíble este *Manifiesto* y la que le imprimió el potencial de iniciativa y esfuerzo que ha caracterizado la labor de *Manos Unidas* a lo largo de su medio siglo de existencia.

Al amparo de este análisis, alguna sorpresa queda en evidencia. No estamos ante un *Manifiesto* contemporizador, ni ante una proclama hecha de cara a la galería, de esas que en la práctica nunca culminan con la implicación personal de sus protagonistas, ni comportan un revulsivo social. Lo que se dice y la forma como que se dice reivindica el derecho de los débiles y pide un esfuerzo por la justicia. Hay que recordar que, en los años en los que este texto se hace público en España, tanto su música como su letra suenan a proclama *contracultural*, que probablemente pasó los filtros de la censura oficial por venir patrocinado por unas organizaciones femeninas y católicas, y por unas mujeres consideradas como *conservadoras*, gracias a la escasa perspicacia que tantas veces ha caracterizado a los regímenes totalitarios. Aunque nunca se planteó la violencia como medio para cambiar las cosas, nuestro *Manifiesto* puso en marcha un salto cualitativo en la toma de conciencia sobre un problema que bien puede calificarse como el mayor de la humanidad en los tiempos actuales: que las dos terceras partes de la humanidad están muriendo de hambre.

<sup>14</sup> Mary Salas – Teresa Rodríguez, *Pilar Bellosillo...*, pág. 54-55.

<sup>15</sup> *Senda y Alba*, número de mayo de 1960.